



estuviesen fuera de poblado y en lugar abierto. Venel, del canton de Verna, introdujo métodos de ortopedia, y el vergamasco Pasta invocó en las curaciones el auxilio de la filosofía en sus libros sobre el *Valor en las enfermedades* y el

Galateo, en que tiende á imbuir á los médicos en aquella austeridad de modales y circunspeccion de sentimientos que son indispensables para el que ha de acercarse á los dolores de la humanidad.

CAPITULO XIII

Luis XVI

Durante las escandalosas desventuras del reinado de aquel Luis XV que parecia compendiar en su persona la innoble disolucion y el profundo egoismo del siglo, todos volvian la vista con cariño hácia el Delfin. Repetíanse con una benevolencia que rayaba en sátira algunos de sus rasgos y dichos; cantábase que habiéndose divertido un dia en bosquejar jardines y palacios magníficos, y oyendo los elogios que le prodigaban los cortesanos, exclamó: «Su verdadero mérito consiste en que no costarán un sueldo al pueblo, pues que jamás llegarán á construirse.» Al embajador de España le dijo en una ocasion: «Para que el príncipe pudiera gustar los placeres de la mesa, sería necesario que estuviese seguro de que en aquel dia ninguno de sus súbditos tendría que acostarse sin cenar.» Otra vez, queriendo su padre aumentarle la dotacion, cuentan que respondió: «Preferiria que eso se rebajase de las contribuciones.» Y habiendo salido á caza y deteniéndose ante un sembrado por no atravesarlo, al oír á los aldeanos que lo elogiaban por ello, se dice que exclamó: «Estos nos agradecen hasta el mal que no les hacemos.» Cuando nació su hijo, habiendo la ciudad de Paris destinado 600.000 francos para unos fuegos artificiales, propuso que en su lugar se gastasen en dotar seiscientas doncellas. Los asentistas y recaudadores generales, aumentaron con sus donativos aquella suma, y en un sólo dia se verificaron setecien-

tos setenta y seis matrimonios, además de los que dotaron otros príncipes y señores por seguir el ejemplo de la córte.

Era, pues, el Delfin un tipo de aquella filantropía que entonces se ostentaba, pero purificada por la religion, cosa que no sucedia respecto del mayor número de los filántropos; y así, de la conciliacion de los creyentes con los filósofos, parecia deber resultar una era de felicidad, de moral, de economía, de religion. Pero murió este príncipe (1765), á los treinta y seis años de su edad, dejando tres hijos, el mayor que heredó el título de Delfin, el conde de Provenza y el conde de Artois, que fueron despues Luis XVI, Luis XVIII y Cárlos X.

El primero habia sido educado en sentimientos de piedad que rayaban en timidez, y alejado desde un principio de los hombres y de los negocios segun el deseo de la de Barry. Tuvo estudios, pero no tales que diesen vigor á su alma: ocupábase en trabajos de albañilería y cerrajería; tradujo de Hume la vida de Cárlos I, y viendo que éste, por haberse puesto á la cabeza de los caballeros habia terminado su vida en un patíbulo, creyó que se debía amansar á los descontentos por medio de concesiones. Hablase efectuado entonces la obra maestra de Kaunitz, la alianza entre Francia y Austria, alianza repugnante á la nacion, que recordaba su eterna rivalidad con los austriacos, y las muchas veces que éstos habian aso-



lado la Francia, hecho prisionero al rey y turbado la paz con la liga. Blanco y centro comun de estos ódios fué María Antonieta, hija de María Teresa, dada por esposa al mismo Luis, en cuyas bodas, en la confusion y apiñamiento de gente que hubo con motivo de unos fuegos artificiales, perecieron, segun los cálculos más moderados, trescientas personas, y segun los más exagerados, mil doscientas; hecatombe de que no se dejaron de sacar infelices augurios. María Teresa habia inspirado á la futura reina de Francia su arrogancia y orgullo, tanto, que los franceses repetian que tenia el corazon austriaco, mientras ella, viva y caprichosa, desesperaba á las damas de honor con sus continuas infracciones del riguroso ceremonial de la corte. La Barry y sus satélites ridiculizaban á los dos esposos, que se amaban, y á aquel Delfin santurron, sin gracia en su porte ni viveza en el decir, profetizando que sería severo y tiránico, porque no era corrompido como todos los que lo rodeaban.

Cuando el rumor de los cortesanos, que abandonando el cadáver de Luis XV, corrian presurosos á ponerse á las órdenes del nuevo amo, y la alegría del pueblo que daba gracias á Dios por haberse apiadado al fin de la Francia, noticiaron á los dos esposos la muerte de su abuelo, se hincaron de rodillas exclamando: «¡Oh, Señor, entramos á reinar demasiado jóvenes! ¡Oh, Señor, proteged nuestra inexperiencia!»

¡Vágo, pero verdadero presentimiento de la propia incapacidad en posicion tan difícil! Sin embargo, al principio se les presentó risueña la fortuna. La juventud, agrupada en torno de los jóvenes monarcas, parecia que, harta de bancas y de impiedad, aspiraba á regenerarse con ideas plácidas y benévolas; pasó la moda de los ateos y materialistas; al espíritu crítico é irreligioso reemplazó la escuela sentimental de Rousseau y de los filántropos; cesó la costumbre de ostentar disolucion y de reirse de la virtud; al lenguaje de una licenciosa galantería sucedió el de una exagerada sensibilidad; hubo de paliarse la infidelidad conyugal con la excusa de una gran pasion ó de amenazas de suicidio, ó de sacrificios novelescos; en vez de *La doncella de Orleans* y de *El compadre Ma-*

teo, se leía con preferencia á Gessner, á Florian, á Delille, á Saint-Pierre; en lugar de orgías se celebraban asociaciones para socorrer la indigencia ó solicitar la emancipacion de los negros; por moda se adornaban de espigas los peinados, rebajados considerablemente de su antigua elevacion; afinóse el arte de los jardines ingleses, preparando retiros y adornos casi para hombres bienaventurados; María Antonieta, en el Trianon, construyó una cabaña, y á su inmediacion un corral para el ganado; no se hablaba más que del pobre pueblo, preparándosele escuelas, víveres, trabajos y hospitales, y Luis llevaba en la botonadura una flor de patata: mascarada sentimental que no retardaba la Cuaresma.

Entonces la Berry y Terray fueron excluidos de la corte con gran júbilo del pueblo; cesó la correspondencia secreta, y las cartas que habia fueron quemadas, y Voltaire escribia: «Si Luis XVI continúa asi, no se hablará más del reinado de Luis XIV. Yo lo estimo demasiado para creer que haga todas las reformas con que se nos amenaza. Parece que nació prudente y firme, por lo cual será un rey benéfico y grande. ¡Felices aquellos que teniendo veinte años, como él, podrán gustar largamente las dulzuras de su reinado.» Cuando despues (1774), llamó á Roberto Turgot para dirigir los negocios de la hacienda, pareció que la misma filosofía personificada habia subido al ministerio, así que los enciclopedistas creyeron ya dado el golpe de gracia á aquella que ellos llamaban la *infame*.

Luis, de carácter tímido y encogido, y un tanto grosero, aunque tenia vivos deseos de hacer bien, le faltaban ingenio para proyectarlo y energía para quererlo. A pesar de que su predecesor al morir le habia recomendado que mirase al Austria como su enemiga natural, él conservó la alianza pactada, y lo hizo de una manera recelosa que lo impidió recoger sus frutos. De las novedades se asombraba porque ó no las comprendia ó las comprendia demasiado, ni supo jamás dirigir el gobierno, ni perseverar en la marcha comenzada, ni ponerse á tiempo á la cabeza del movimiento. Necesitaba, pues, entregarse á un ministro. María



Antonietta, que tenia sobre su marido el predominio que las mancebas habian tenido sobre sus predecesores, se inclinaba al elegante Choiseul; pero Luis, no pudiendo perdonarle el haber sido enemigo de su padre, perfirió el septuagenario conde de Maurepas. Este cortesano, frívolo y corrompido, que conservaba las viejas ideas, pues que habia vivido veinticinco años separado de los negocios, apenas le manifestaba el rey la menor oposicion, pedia su reemplazo: creia irreparables algunos abusos, y se figuraba que la monarquía estaba tan sólidamente cimentada, que bastaban sus propias fuerzas para sostenerla. Habria sido fácil aprovechar el paso que otros habian dado destruyendo el Parlamento, pero cuando ya el país se habituaba y aun daba aplausos á la nueva jurisdiccion, Maurepas retrocedió y llamó á los magistrados desterrados, premiando así la deslealtad dando uo centro á la oposicion, una representacion á las clases privilegiadas y preparando obstáculos á la reforma que la época exigia.

Turgot, que en vano se habia opuesto á estos errores, se dedicó á enmendar los de Terray y á restaurar el crédito público. Es digna de la historia la larga carta que escribió á Luis. Entre otras cosas decia: «V. M. se ha dignado dispensarme que le recuerde la obligacion tomada consigo mismo de sostenerme en mis proyectos de economía que siempre, pero ahora más que nunca, son indispensables... me limito, señor, á recordaros estas tres palabras: que no haya bancarota, ni aumento de impuestos, ni empréstito: no habrá bancarota, ni manifiesta ni enmascarada, con reducciones forzosas; no se aumentarán los impuestos, y la razon está en la situacion de vuestros pueblos, y más todavía en el corazon de V. M.; no habrá empréstitos, porque todo empréstito merma las rentas libres y lleva pronto ó tarde á la bancarota ó á aumentar las contribuciones. En la paz no debe tomarse á préstamo sino para liquidar antiguos débitos ó saldar otros hechos á mayor interés.»

V. M. recordará que al recibir el cargo de interventor general conocí el precio de la confianza con que me honraba; comprendí que me

confiaba el bien de sus pueblos, y si me es permitido decirlo, el cuidado de hacer amar su persona y su autoridad. Pero al mismo tiempo conocí el peligro á que me exponia; preví que estaria solo para combatir contra los abusos de todo género, contra los esfuerzos de los que de ellos se aprovechan, contra las preocupaciones que se oponen á toda reforma y que son un poderoso instrumento en manos de las personas interesadas en perpetuar el desorden. Tambien tendré que luchar con la generosidad y la bondad natural de V. M. y de las personas que le son más caras; seré temido, odiado de la mayor parte de los cortesanos, de todos aquellos que solicitan favores, me achacarán todas las negativas, me tratarán de hombre duro porque habré mostrado á V. M. que no debe enriquecer ni aun á los que ama, á costa del pueblo; este pueblo, por el cual me habré sacrificado, es tan fácil de engañar, que acaso me atraeré su odio por las medidas que adopto para defenderlo de toda vejacion. Seré calumniado, y con tanta verosimilitud quizá, que me quitarán la confianza de V. M. No sentiré perder un puesto que no esperaba y que estoy pronto á resignar en manos de V. M. tan pronto como conozca que no puedo serle útil; pero su estimacion, la reputacion de integridad, la pública benevolencia que os indujo á llamarme, me son más caras que la vida, y corro el riesgo de perderlas tambien sin merecer ninguna reprension.»

Las contribuciones, al terminar el reinado de Luis XV, ascendian á 365.000.000 de francos, carga intolerable por lo vicioso de su reparticion. De las directas, á saber, la capitacion, el medio diezmo y la talla estaban exentos los diezmos territoriales, las rentas feudales, los censos señoriales sobre los siervos y las rentas públicas; el clero se eximia mediante un donativo voluntario que apenas ascendia á once millones, mientras gozaba la quinta parte de la riqueza agrícola general, y de la nobleza se exigian la capitacion y el medio diezmo, pero ateniéndose á sus declaraciones.

De aquí la desigualdad escandalosa é irritante que se notaba; la talla, que el rey y su consejo podian aumentar á su arbitrio, envilecia, porque era marca de humildad; y toda clase



de violencia en la exaccion parecía permitida respecto de gente sin derechos.

La mayor parte de las rentas públicas procedía de los impuestos indirectos, como portazgos, aduanas, derechos de consumo, rentas de la sal, del tabaco, de correos y otras semejantes que todas juntas ascendían á 300.000.000 de francos. De éstas, la mayor parte gravitaba sobre los pobres, pues sabido es que el consumo está en razon, no del caudal, sino de las bocas; y el padre que tiene más hijos, el artesano que tiene más trabajadores, paga mayor cantidad que el millonario.

Arrendábanse los impuestos indirectos á sociedades en que los cortesanos estaban interesados, de modo que las hacían contratar á precios bajos, engrosando sus caudales á expensas de la miseria pública; y los arrendadores enriquecidos daban al rey, á fin de año, dentro de un bolsillo de terciopelo, una parte de sus ganancias: ofrenda á guisa de propina, para que no viese la miseria del pueblo esquilado. Hacíase la opresion tanto más intolerable, cuanto que era diferente de provincia á provincia, habiendo una clase de gabelas en la ciudad y otra en el campo, una para el plebeyo y otra para el noble, una para el artesano y otra para el proletario. Así en unas provincias valía la sal de 8 á 9 francos el quintal, en otras á 16, en otras hasta 62; gran fomento para el contrabando que había llegado á ser plantel de bandidos. A consecuencia de tales complicaciones, conocidas sólo de los asentistas, el contribuyente no sabía lo que tenía que pagar, ni en virtud de qué ley, ni podía hacer reclamaciones razonadas contra el capricho de los aduaneros, gente mal educada y codiciosa. Los arrendadores, alegando que no podían cumplir los compromisos contraídos si encontraban obstáculos en la recaudacion, obtenían un poder despótico, prendían á su arbitrio y castigaban á los contrabandistas con brutal severidad. Cuando un recaudador de impuestos no pagaba al fisco, se prendía á los cuatro mayores contribuyentes hasta que se solventaba el débito; en ocasiones se llegó á castigar con la rueda y la muerte por estas causas, y los presidios estaban llenos de saladores sentenciados por

usar sal de contrabando. Un subterráneo en Bicêtre sin luz ni aire, reservado para los mayores delincuentes, que denunciando á sus cómplices se libraban de la horca sin merecer la compasion, sirvió de encierro por espacio de seis semanas á una persona aprisionada por sospechas de contrabando, y ésta no pudo jamás obtener reparacion de los omnipotentes asentistas.

Otras gabelas pesaban también sobre el pueblo, como trabajos para la conservacion de los caminos y la obligacion de dejar recoger el salitre por comisionados, los cuales entraban como verdaderos devastadores en las casas, que sólo á gran precio eran rescatadas. En la industria todo era monopolio, extendiéndose por todas partes las trabas de gremios y maestrías. En Ruan solo una sociedad de ciento doce mercaderes podía negociar en granos; únicamente cuatrocientos noventa mozos tenía el privilegio de trasportarlos, y el de molerlos estaba reservado á solos cinco molinos. Si en Marsella se introducía vino de la cosecha de otro territorio, se quemaba el carruaje en que se había introducido, se azotaba al carretero y se derramaba el vino. «Así un vil interés, trastornando todas las nociones de moral y de equidad, solicita y obtiene contra infracciones que sólo á él perjudican las penas deshonorosas que la justicia no impone al delito sino contra su voluntad y obligada á ello por consideraciones de seguridad pública.»

Esto decía Turgot, el cual quería poner remedio á tantos males. Este ministro, independiente en sus juicios, osado sin temeridad, moderado sin ser condescendiente, enemigo de los abusos sin declamacion, rectificaba las ideas de su tiempo y aun les añadía alguna cosa. Emancipóse hasta del predominio de Voltaire, y dogmatizó seriamente sobre materias que éste no trataba sino en estilo jocoso. Con su lógica vigorizó el sentido comun y convirtió en ciencia exacta las ideas confusas de aquel tiempo, que mezclaba el mal con el bien, y el error con la verdad. Amigo de Quesnay y también de Gournay, quería conciliar las opiniones de los economistas y fisiócratas, pero no se remontaba más allá de cierto egoísmo estrecho, en que



su benevolencia para con los pobres se veía limitada por la proteccion que concedía á los fuertes, cobijados bajo el asilo del *dejad hacer*. Uniendo el celo de neófito á la perseverancia de magistrado íntegro, y á la persuasion de la omnipotencia de los reyes, creía poder estirpar fácilmente abusos muy arraigados, y trasladar de las discusiones de los filósofos al gabinete los proyectos más atrevidos que desde entonces acá se han propalado en la tribuna. Asociándose á Cristiano Malesherbes, hombre también de rectas intenciones, se dedicó á reformar la hacienda y la constitucion civil. Aunque los gastos excedían á los ingresos en 22.000.000 de francos, sin contar los 15 destinados á reembolsar parte de la deuda redimible, Turgot dijo al rey: «no habrá bancarrota, ni aumento de impuestos, ni empréstito;» y á fuerza de economías se fueron pagando poco á poco los intereses atrasados y se disminuyó el «déficit.»

Compadecido de la miseria de los campesinos, oprimidos por los diezmos, y de los males de los obreros, que se morían de hambre mientras enriquecían á sus amos, no cesó un momento de proclamar con una salva de edictos, libertad de comercio y de industria; quiso por tanto evitar que los impuestos gravitasen sobre los consumidores, tratando de reducirlos á uno solo, del cual no se eximiesen ni el clero ni los nobles; cerró la mayor parte de los monasterios, asegurando una cómoda subsistencia á los párrocos; emancipó la autoridad civil de la eclesiástica; reformó la instruccion pública y llamó á consejo para las cosas de Estado á los doctos.

D'Alembert, Bossut, Condorcet, fueron consultados sobre la navegacion: Lavoisier, acerca de los nitros; Vicq d'Azir, para ordenar la escuela de clínica, y el abate Rosier fué enviado á Córcega para difundir los buenos métodos de agricultura. En una palabra, Turgot procuraba renovar la Francia sin la terrible prueba de la efusion de sangre. En 1776 se abolieron las corveas y los gremios, verdadera emancipacion de los trabajadores, y en un sublime preámbulo decía: «Dios, dando al hombre necesidades y haciendo que le fuese indispensable trabajar, dió á todos derecho al trabajo, primera, sagrada é imprescriptible propiedad. Por tanto, que-

remos abolir esas instituciones arbitrarias que no permiten á los indigentes vivir de sus brazos; que alejan la emulacion en la industria y hacen inútiles los talentos de aquellos á quienes las circunstancias excluyen de una comunidad; que sobrecargan la industria de impuestos gravosos á los súbditos y no provechosos para el Estado, y por último, que con la facilidad con que se concede á los miembros de las comunidades para aunarse entre sí, obligan á los individuos pobres á someterse á la ley de los ricos, se hacen instrumento de monopolio, y encarecen sobre manera los artículos de primera necesidad.»

En vez de las dañosas restricciones impuestas al interés del dinero, trató de librar de la usura á los negociantes por medio de una caja de descuentos que evitase las pretensiones exageradas de los capitalistas. Pensaba dar publicidad á las hipotecas, reducir á un tipo uniforme las pesas y medidas, promulgar un código penal más equitativo, reemplazar con un código civil la multitud de prácticas consuetudinarias, establecer administraciones provinciales que, combinadas con los municipios, proveyesen al bien particular; rescatar las rentas feudales sin lesion de la propiedad. En suma, con ingenio, valor y perseverancia habría querido, y acaso podido, prevenir la revolucion. Pero su bondad era puramente de ánimo; seguía absolutamente los principios como lo exigía la moda, y en sus rectas intenciones se olvidaba de que tenía que habérselas con hombres: así que provocó grandes resistencias.

Los asentistas decían: «¿Por qué cambiar? ¿no estamos así bien?» Los nobles añadían: «Si el rey ahora nos priva de mandar trabajar á los villanos, ¿no podrá mañana obligarnos á trabajar por nosotros mismos?» A los jefes de gremio parecía que el suprimir las maestrías era una medida dirigida á favorecer las manufacturas inglesas; los grandes no veían en estas disposiciones sino la venganza de un plebeyo; el Parlamento, que quería ostentar independencia oponiéndose á todo, se negó á registrar los edictos populares en que se abolían las maestrías y los servicios personales en las carreteras; y Turgot no pudo allanar este obstáculo sino recurrien-